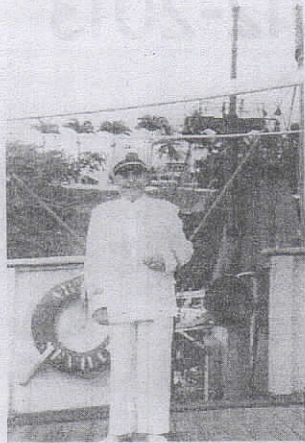




Carmen Bermejo Escaño. Alumna

Los vestidos de las mujeres se llevaban sin mangas y con grandes escotes y eran imprescindibles los grandes sombreros de fibras vegetales. Pero lo más llamativo fue un loro gris de cola roja



llamaban "el Boy". El chico que trabajó con mis padres siempre presumía que era de Corisco (Mandyi) y no de Annobón, ambas islas guineanas, pero nunca supimos la diferencia entre una isla y otra que justificara su orgullo.

A mi madre aquel clima la agobió un poco; para ella hacía demasiado calor y era demasiado húmedo. Pero lo que más le llamaba la atención era la manera de llover, con lluvias torrenciales que, sin embargo, duraban unos minutos y tras los cuales lucía un sol radiante.

En 1951, mi padre Ambrosio Bermejo, oficial maquinista naval, cesó en su destino en el buque Ciudad de Algeciras al ser este, junto a su gemelo, el Ciudad de Ceuta, retirado de la línea del Estrecho.

Como la compañía propietaria de los nuevos barcos transbordadores que iban a cubrir dicha línea era la Elcano, y él era oficial de la Transmediterránea, no podía seguir en la misma, por lo que, alegando que su familia residía en Ceuta, solicitó la línea Ceuta-Melilla, cubierta por buques de su compañía.

No obstante, también pidió destino en Fernando Poo (Bioko), en la Guinea Española, pues la Transmediterránea cubría una línea entre Santa Isabel (hoy Malabo) y Bata (en la costa continental de Río Muni).

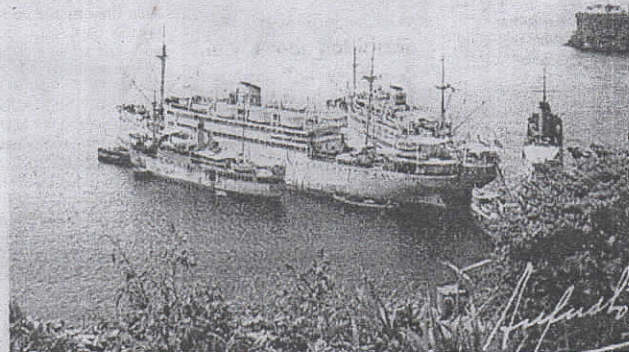
Este destino consistía en una campaña de dos años en Guinea, pero estaba muy bien remunerada y en los años cincuenta un marino tenía que hacer ciertos sacrificios si quería ahorrar algún dinero. Finalmente, se lo concedieron, para marchar el año 1953 y volver en 1955.

A nosotras no nos pareció una tragedia: siendo mi padre marino, estábamos acostumbradas a que lo destinaran a travesías en las que estaba mucho tiempo fuera de casa, como la de Barcelona-Canarias, que le obligaba a estar fuera de Barcelona (donde entonces vivíamos) quince días, o las líneas del norte de España, que implicaban ausencias de un año, de mes de permiso a mes de permiso y sin ganar una peseta de más.

En la campaña de Guinea, mi padre estuvo contento y nos contaba por carta que la vida allí era cómoda, amable y con un clima ecuatorial que predisponía a vivir al aire libre y en contacto con una naturaleza exuberante y frondosa.

Todo esto era verdad, como luego pudo comprobar mi madre, Adela Escaño. La vida en Guinea en aquella época era la clásica vida colonial. Los españoles originarios de la metrópoli eran, en su mayoría, funcionarios que allí lo ganaban muy bien y que dis-

Apuntes sobre la estancia de mis padres en Guinea 1953 1955



frutaban de un buen nivel de vida. Entre ellos se podía contar los de la Administración Central, gobernadores, subgobernadores, funcionarios, médicos, profesores de instituto, maestros, militares, y personal de hospitales y centros administrativos.

Los que no eran funcionarios eran en su mayoría comerciantes de diversos géneros, o sea, propietarios de lo que hoy llamaríamos Grandes Almacenes, comercios en los que se vendía de todo. Finalmente, un sector minoritario lo formaban los terratenientes, dueños de grandes fincas en las que se cultivaba café, tabaco, cacao, plátanos, etc.

La mano de obra, nativa, era evidente-

mente barata, y las familias tenían sirvientes para todo, ya que las señoras europeas no podían hacer de trabajos caseros pues estaba mal visto.

Estos detalles del día a día de la vida en Guinea no los conocimos por nuestro padre, sino que fue mi madre, que estuvo en Santa Isabel los últimos tres meses de la estancia de mi padre, volviendo con él a Ceuta en enero de 1955.

Contaba mi madre que alquiló un apartamento en Santa Isabel, y que tuvo que tener de sirviente a un muchacho guineano para las labores caseras. Allí eran muchachos, en vez de muchachas, los que trabajaban en el servicio doméstico, y en las casas le

También contaba mi madre sobre las costumbres a la hora de vestir, que por aquello del clima eran distintas a las que estaba acostumbrada en España. El calor obligaba a usar telas de colores claros, sobre todo blanco, con estampados de colores fuertes sobre fondo blanco o colores pastel.

Los vestidos de las mujeres se llevaban sin mangas y con grandes escotes, y eran imprescindibles los grandes sombreros de fibras vegetales. Para los hombres, lo habitual era vestir de blanco, frecuentemente con pantalones cortos y camisas de manga corta. Por lo menos, esa son las ropas que visten en las fotos mi madre y mi tía Ángela, hermana de mi padre que, con su marido Rodrigo, coincidieron con mis padres en Santa Isabel.

Como mi madre pasó las Navidades del 54 en Santa Isabel, contaba que en la Misa del Gallo en la Catedral, con fuerte calor, la vestimenta era más o menos la misma, las mujeres sin mangas y los hombres con pantalón corto. Esto era, para mi hermana y para mí, una novedad, pues en aquel tiempo en España era impensable ir a misa con escotes, sin mangas y sin medias.

Una anécdota que recuerdo también de aquel tiempo es que en el verano del 53 conocí en Ceuta al que fue después mi marido, Juan Díaz. Como mi padre estaba en Guinea por aquel entonces y no vendría en dos años, Juan tuvo que pedirle por carta permiso para poder ser novios formales, ya que era el protocolo establecido. Nos casamos en agosto del 55, tras la vuelta de Guinea de mis padres en enero de ese año.

A su regreso trajeron muchas cosas de artesanía para la casa: figuras de ébano, lanzas indígenas, dos caparzones de tortugas Carey, piezas de marfil tallado, un tantán de madera y hasta un tronco de ébano sin tallar. También se trajeron diversos objetos de origen asiático que se vendían en Guinea, entre ellos dos gongs y varios tarros de bronce, así como una preciosa cajita musical tabaquera en madera. Pero lo más llamativo fue un loro gris de cola roja, que vivió en Ceuta durante varios años y que aprendió un montón de palabras.